

LA SOPA DE PIEDRAS

Un peregrino, de camino hacia un monasterio, llega a una pequeña aldea. En la plaza había una fuente y un árbol medio seco.

Pasó la tarde junto a la fuente. Ningún vecino de la aldea parecía necesitar agua para sus casas, aunque tras las ventanas se veían las miradas de sus habitantes.

Al atardecer, el peregrino, preparó un pequeño fuego con las ramas del árbol medio seco y puso un puchero con agua en el fuego y buscó unas cuantas piedras rojas que abundan en la plaza y las lavó cuidadosamente.

Fue a una de las casas y llamó. Una mujer abrió una rendija de su puerta y le dijo:

- “¿Qué desea?”,

El peregrino le dijo:

- “¿no tendría un poco de pan para poder comer yo esta noche?”

La mujer le contestó:

- “Solo tengo pan para poder cenar yo esta noche. No puedo darle nada”

El peregrino insistió:

- “¿Tal vez pueda ofrecerme una pizca de sal, para poder hacerme una sopa de piedras rojas para esta noche? Es muy sabrosa con un poco de sal y se me acabado”.

La mujer le dijo, abriendo más la puerta:

- “¿una sopa de piedras?... nunca he oído hablar de esa comida”.

- “¿No ha probado usted nunca una sopa de piedras rojas? – le dijo el peregrino- Es muy sabrosa y las que ustedes tienen en este pueblo tienen un sabor especial, si quiere, puede probarla conmigo”.

La mujer llena de curiosidad le dijo, abriendo del todo la puerta:

- “Me gustaría probarla”.

- “Pero mi puchero es muy pequeño -dijo el peregrino- si usted tuviera un puchero o caldero grande tan vez podríamos hacer una buena cantidad y tendría para más comidas”

La mujer entró en su casa, cogió el salero y le dijo:

- “Yo no tengo un caldero grande, pero Antonia, la vecina, tiene uno y se lo pediré”

- “¡Ah! Y necesitaríamos más leña para el fuego” Dijo el peregrino

- “Se la pediré a José que es leñador” contestó la mujer corriendo la casa de al lado.

Pronto, junto al pequeño fuego del peregrino, se comenzaba a juntar toda la gente de la aldea. El caldero y carretillo lleno de leña. Todos sentían curiosidad por esa “sopa de piedras”

Avivaron el fuego, pusieron el caldero lleno de agua y el peregrino cogió unas cuantas piedras más, las lavó y las dejó preparadas. Cuando el agua comenzaba a hervir, fue echando poco a poco las piedras, y con la pequeña cuchara iba removiendo. De pronto una de las mujeres fue a su casa y sacó un largo cucharón para remover mejor.

Puso un puñado de sal en la olla y volvió a remover. Probó un poco y dijo el peregrino:

- “Ya va tomando sabor, estará deliciosa. Pero si pusiéramos un poco de verdura, estaría deliciosa”.

Un hombre que acababa de llegar del huerto, fue a su casa y trajo acelgas, zanahorias y otras verduras, que el peregrino puso en la olla. Lo removió y volvió a probar:

- “¡Fantástico!, la verdura le da un sabor más agradable. Pero si tuviera un poco de carne... tendría más cuerpo”

Uno de los que estaban mirando se marchó y trajo un buen trozo del tocino, morcillas y chorizos del cerdo que acababa de matar.

- “Pues, con unos ajos y unas cebollas, quedaría exquisito”

Enseguida una mujer marchó a su casa y trajo un capazo lleno de ajos y cebollas con algunas patatas, que pelaron y pusieron todo en el caldero.

Después de dejarlo cocer, el peregrino les invitó:

- “Si traen un plato y una cuchara podremos compartir entre todos esta deliciosa sopa de piedras”

Y así lo hicieron, toda la aldea se reunió alrededor de la fuente, el árbol medio seco y el caldero y compartió la sabrosa sopa de piedras.

Fue una agradable cena que duró hasta altas horas de la madrugada. No se recordaba una cena como aquella en la aldea. Y cada uno se marchó a descansar a su casa.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, todos se levantaron y fueron a ver al peregrino. La hoguera estaba apagada, el caldero y el cucharón y las piedras limpias debajo del árbol, pero el peregrino había desaparecido y el árbol comenzaba a florecer.